

Alicia Mayer, *Flor de primavera mexicana. La Virgen de Guadalupe en los sermones novohispanos*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad de Alcalá, 2010.

Hoy en día, en los templos de la época virreinal de nuestro país, sobreviven semiolvidados muchos de sus antiguos púlpitos. De simple cantera tallada, madera policromada o dorada, mármol, alabastro y hasta de herrería, las formas hermosas de los púlpitos no les han librado de ser relegados al desuso por la liturgia moderna y por la amplificación electrónica de la voz. Para las nuevas generaciones de feligreses son muebles incomprensibles, útiles sólo para acumular polvo o para ser “creativamente” transformados en alguna otra cosa, como uno que me tocó ver convertido en absurda y desproporcionada peana para una horrorosa Virgen de Lourdes de pasta.

Pero en otros tiempos, el púlpito fue el símbolo de una prodigiosa cultura surgida del ministerio de la palabra, que con ser la más antigua forma de transmisión del mensaje salvífico del cristianismo, alcanzó sin embargo en la Iglesia Católica postridentina un desarrollo deslumbrante como una de las más acabadas formas del arte de la retórica. Particularmente en el mundo hispánico de los siglos XVI al XVIII, la prédica a través del sermón no fue solamente la explicación al pueblo de la palabra divina y de los dogmas de la fe: el púlpito fue la tribuna privilegiada desde donde se canonizaron constantemente los principios e imaginarios que desde las conciencias cimentaban el orden político y social. Más aún: en torno a la oratoria sagrada y al sermón se construyó un complejo cultural de prácticas que hicieron de la palabra predicada el camino sobre el que centenares de clérigos caminaron hacia la fama intelectual, la prosperidad material y el poder político, abriéndose el paso hacia cátedras, prebendas, gobiernos de órdenes religiosas y obispados, y hasta las antecámaras mismas de reyes, virreyes y otros grandes potentados. Multitud de testimonios escritos y visuales nos hablan de la importancia que llegó a tener durante el barroco esa cultura en torno a la prédica y el sermón, tan distante mentalmente de nosotros que hace

por momentos ininteligibles incluso algunas de sus más detalladas descripciones, como la sátira genial del *Fray Gerundio de Campazas*, del ilustrado jesuita José Francisco de Isla.

Entre esos testimonios se hallan nada menos que los centenares de sermones y de pláticas doctrinales, tanto impresos como manuscritos, que nos quedan aún por fortuna de los tres siglos novohispanos. Durante mucho tiempo y pese a ser productos de la elocuencia, esos documentos permanecieron, paradójicamente, mudos, pues no fue sino hasta épocas relativamente recientes que el sermón novohispano abandonó el limbo al que lo condenaron los críticos literarios decimonónicos y se convirtió en objeto de interés de los historiadores. Después del antecedente, bien conocido, de Francisco de la Maza a mediados del siglo XX, pasaron todavía unos años para la plena revaloración de las misceláneas de sermones mexicanos que forman un contingente nada despreciable en algunos de los más conocidos acervos antiguos de nuestro país, como la Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México, el fondo antiguo de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, o el del Centro de Estudios de Historia de México CARSO. Por fortuna, hoy en día se puede decir que los sermones novohispanos ya son por sí mismos objeto de la atención y desvelos de muchos investigadores, quienes los leen sistemáticamente ya no sólo como meras fuentes informativas, sino tratando de indagar acerca de su naturaleza, formas, fines, significados y sobre todo lo que en otros tiempos rodeó a la prédica religiosa.

En este sentido, no creo exagerar al decir que el libro de Alicia Mayer, *Flor de primavera mexicana. La Virgen de Guadalupe en los sermones novohispanos*, es por muchas razones una importante adición a la ya rica bibliografía existente sobre la oratoria sagrada novohispana, y que la autora reseña puntual y críticamente en la parte introductoria de su propio trabajo. Es cierto que particularmente sobre los sermones de tema guadalupano se han escrito muchas y brillantes páginas, pero casi siempre como parte y no como objeto exclusivo de la atención de las obras de destacados investigadores como Stafford Poole, William Taylor, Edmundo O'Gorman, Carlos Herrejón y Jaime Cuadriello. Pues bien, si no es el primero (puesto que allí están los pioneros *Nueve sermones guadalupanos* de David Braiding), con *Flor de primavera mexicana* de Alicia Mayer nos encontramos ante el que tanto por su extensión como por su profundidad es

por el momento el más ambicioso esfuerzo de interpretación global del fenómeno histórico de la oratoria novohispana guadalupana hasta ahora publicado.

Bien preparada estaba su autora para el empeño que concluye hoy con la publicación de este libro, pues su trayectoria como historiadora de los procesos de la Reforma y la Contrarreforma en los orbes protestante y católico le llevó hace tiempo y casi naturalmente al conocimiento y aprovechamiento en sus trabajos de los discursos que otrora florecieron en el púlpito. Con esa experiencia a cuestas, Mayer localizó y examinó durante varios años cerca de dos centenares de sermones guadalupanos, que se enlistan en la relación incluida al final de la obra; por cierto que, si no fuera por los muchos méritos de este libro, tan sólo esta recopilación bibliográfica de la oratoria guadalupana colonial sería motivo suficiente de recomendación y consulta de esta *Flor de primavera*. Pero retornando a lo que implica el trabajo con semejante conjunto de fuentes, tan exitosamente acometido por nuestra autora, no es necesario insistir en que la lectura y análisis de cualquier sermón novohispano es una tarea de gran complejidad, plagado de difíciles barreras heurísticas y hermenéuticas. En otras palabras: requiere paciencia para caminar por los laberintos de la prosa no siempre lograda de los predicadores, en busca de la recompensa de una perla deslumbrante de ingenio literario o inspiración teológica; rigor, para no ser condicionado por las noticias de los bibliógrafos y por la pirotecnia aduladora de los paratextos, es decir, los pareceres y dictámenes que por lo general anteceden al sermón impreso, y en cambio someterles al mismo escrutinio atento que al texto del predicador; y finalmente, un nada corto arsenal de conocimientos literarios, artísticos, históricos, bíblicos, mitológicos, emblemáticos y de otra índole con que poder diferenciar los múltiples sustratos simbólicos acumulados por los oradores en sus discursos.

Podrían destacarse multitud de temas y aciertos de esta obra de Alicia Mayer, pero sin duda uno de los mayores es la afirmación que se sostiene y demuestra a lo largo del libro: desde sus orígenes aún ignotos y a lo largo de los tres siglos novohispanos, el culto de Nuestra Señora de Guadalupe de México fue una construcción de la imagen, pero también, y no menos esencialmente, de la palabra; la otra afirmación de Mayer, igualmente bien probada por el impresionante acompañamiento de representaciones plásticas de tema guadalu-

pano que desfila al lado de su texto, es que imagen y palabra sobre la Virgen del Tepeyac se enriquecieron mutuamente a lo largo de ese tiempo, dando como resultado un gran complejo discursivo y visual que ha dado y dará todavía mucho que hacer a los investigadores del mundo colonial. Aunque Alicia Mayer sigue con detenimiento y perspicacia la genealogía del desarrollo intelectual del guadalupanismo que puntualmente es posible seguir a través de los ecos entre sermones a lo largo de los siglos XVII y XVIII, no es propiamente materia de análisis en su texto el fenómeno de la recepción del discurso de los sermones entre las audiencias y los lectores de la época. Ésta, sin embargo, es una veta cuya exploración requiere otro tipo de fuentes, y un enfoque distinto del que Mayer se planteó al realizar su investigación. Ello no obsta para señalar que el conjunto de la historiografía sobre el sermón novohispano apenas ha arrojado algunas luces acerca del problema de la recepción, y que éste merecería recibir más atención en futuras investigaciones.

Debido a todo lo anterior, la estructura narrativa de *Flor de primavera mexicana* se presenta como un círculo perfecto, en el que la lectura histórica del sermón guadalupano dista mucho de ser meramente lineal y acumulativa, lo que por otra parte y como lector se agradece infinitamente. Este círculo empieza su trazo, por así decirlo, con el acre enfrentamiento entre fray Alonso de Montúfar y fray Francisco de Bustamante en 1556, algo que podría parecer casi obvio pero que, lejos de serlo, es realmente un gran aporte de la interpretación de Mayer: en efecto, Guadalupe nace soterradamente en la conciencia histórica gracias a dos discursos contrapuestos, lanzados precisamente desde los púlpitos. A partir de allí, y tras una serie de consideraciones generales acerca de la oratoria sagrada novohispana a partir del inicio de su rastro impreso permanente en el siglo XVII, la autora revisa sucesivamente las fuentes y los contenidos históricos, teológicos y simbólicos de los sermones guadalupanos.

Enseguida, Alicia Mayer retoma el camino que otros estudiosos de ese corpus homilético, buscando los orígenes del llamado "criollismo", han seguido. Y si bien allí se hace eco de la difundida noción de que los predicadores pretendieron fundar la idea de México como nueva tierra de elección providencial en su consagración por la mariofanía del Tepeyac, enseguida nos propone vías novedosas de comprensión de la fuerza del culto guadalupano, al descubrir los sermones en que, especialmente en el siglo XVIII, la Nueva España

barroca definió sus múltiples y al mismo tiempo coincidentes identidades “alzando el pendón” guadalupano por su confesión católica y por su común obediencia a la monarquía hispánica, frente a la presencia (bien conocida por Alicia Mayer, como lo demuestra su *Lutero en el paraíso*) de ese espejo opaco, a la vez distante y cercano, que era el mundo protestante, y especialmente el anglosajón.

Podrían señalarse otras piedras miliars en el camino seguido por Mayer en su trabajo, como el apartado dedicado a la imagen del indio en los sermones guadalupanos, pero quiero concluir mi revisión apuntando al adecuado cierre del círculo trazado por la autora, que la lleva a 1794, y a otro conflicto tan sonado como el de 1556: el funesto (para él) sermón de fray Servando Teresa de Mier, intento singular de desbrozar el camino dificultoso al que el hostigamiento del racionalismo ilustrado había conducido a la devoción guadalupana. Frente al destino de Mier, expulsado por ese motivo de su patria, y luego devuelto a ella en pleno alumbramiento de la nación mexicana, no puedo menos que reflexionar acerca de la manera en que el culto guadalupano, hoy tenido por seña común de la identidad nacional, ha resultado ser también, en momentos claves de su desarrollo, causa de división y encono. Sentimiento que, estoy seguro, habría hecho proferir a algún predicador criollo, en adecuado apunte, las palabras del Evangelio: “¿creéis que he venido a traer la paz en la tierra? Pues os digo que no, sino la división”. Y acto seguido, el mismo predicador recularía, y acordándose también de que según el evangelista, “todo reino dividido será destruido”, encontraría una ingeniosa salida al entuerto retórico.

Reseñar un libro termina siendo, hasta cierto punto, un dilema semejante al que enfrentan los historiadores que buscan estudiar los sermones novohispanos. Así el historiador, frente al texto impreso del sermón, no podrá recuperar la entonación y la gestualidad del predicador, sus énfasis de voz, sus actitudes teatrales, o la expectación de su audiencia, y siente que ha perdido para siempre una parte fundamental de su significado; mas no por ello ha de abstenerse de su estudio. Del mismo, el presentador de un libro no puede, por más que así lo desee, sustituir al lector en su enfrentamiento directo con el texto; ni puede mucho menos prever los pensamientos e ideas nuevos, semilla de otros, originales y quizás contrapuestos, que tal vez surgirán en la mente del receptor. Pero tampoco por esa razón ha de renunciar a su poder de convocar al conocimiento de

un trabajo que se estima digno de consideración y discusión; y más cuando, como en el caso de este libro, hermosamente editado, la prestancia material del continente se corresponde con la elevada calidad científica del contenido.

Expresado lo anterior, quiero concluir esta reseña citando nuevamente al *Fray Gerundio*. Mas no en tono de chanza, como el padre Isla al referir las palabras del discurso de su héroe, sino invitando al lector a ponderar por sí mismo la manera en que Alicia Mayer estudió cada una de las flores de esta *Primavera mexicana*, si acaso yo mismo no he sabido explicar “la valentía, el garbo y el espíritu con que las animó”.

Iván ESCAMILLA GONZÁLEZ
Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México